

Prof. Ramonita Toro
Historia del Teatro II
Teat. 3102

TARTUFO

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

PERSONAJES

SEÑORA PERNELLE, madre de Orgon.
ELMIRA, mujer de Orgon.
DORINA, sobrina de Elmira.
DAMIS, hijo de Orgon.
MARIANA, hija de Orgon.
CLEANTE, cuñado de Orgon.
ORGON, marido de Elmira.
VALERIO, novio de Mariana.
TARTUFO, falso devoto.
LEAL, alguacil.
FUNCIONARIO
FELIPA, criada de la Sr. Pernelle.

Primera puesta en escena, en la Comedia Francesa, el 12 de mayo 1664

ACTO PRIMERO

ESCENA I

SRA. PERNELLE, ELMIRA, MARIANA, DORINA,
DAMIS, CLEANTO

SRA. PERNELLE. — Me voy, ya no soporto más a estas personas.

ELMIRA. — Señora, camináis tan rápido que es difícil seguirlos.

SRA. PERNELLE. — Nos os molestéis, nuera mía. No me sigáis más. No he menester de vuestras atenciones.

ELMIRA. — No es molestia alguna. Pero madre, ¿por qué os retiráis tan precipitadamente?

SRA. PERNELLE. — En esta casa nadie se preocupa en complacerme lo más mínimo. Parto muy disconforme. En todo se me contraría, no se respeta nada, se habla a los gritos y, en lo que a los modales respecta, me parece hallarme en la más vulgar de las tabernas.

DORINA. — Pero...

SRA. PERNELLE. — Vos, amiga mía, sois una dama de compañía habladora y muy impertinente. Metéis la nariz en todo lo que no os corresponde.

DAMIS. — Es que...

SRA. PERNELLE. — Y vos sois un tonto con todas las letras, hijo mío. Es vuestra abuela quién os lo dice. Ya le previne yo a mi hijo, vuestro padre, que sólo le daríais dolores de cabeza.

MARIANA. — Creo que...

SRA. PERNELLE. — Ah! He aquí una hermana bien digna de él. Pues detrás de ese aspecto engañoso de dulce cordita sé muy bien que acecha un tigre traicionero.

ELMIRA. — Pero, madre...

SRA. PERNELLE. — Nuera mía, aunque os disguste debo deciros que vuestra conducta es deplorable. Deberíais dar a estos jóvenes el buen ejemplo que supo darles su difunta y santa madre. Sois muy gastadora y me disgusta veros atavia-

da como una princesa. Quien desea gustar solamente a su marido no tiene ninguna necesidad de lucir como un pavo real.

CLEANTO. — Señora, después de todo. . .

SRA. PERNELLE. — En cuanto a vos, señor hermano suyo, os estimo de veras. Pero si yo fuera mi hijo, su cuñado, os rogaría que no volviérais a entrar en esta casa. Sin cesar dais malos ejemplos y preconizáis costumbres indignas de gente honesta.

DAMIS. — Seguro que a vuestro señor Tartufo esto le parece perfecto.

SRA. PERNELLE. — Es un hombre de bien a quién deberíais escuchar, y no soporto que un loco como tú le falte el respeto.

DAMIS. — ¿Acaso puedo soportar que un mojigato hipócrita quien, usurpando una autoridad que no le corresponde, pretenda que no podemos divertirnos sin pedirle permiso?

DORINA. — Si hay que dar crédito a lo que predica, cualquier acción que cometemos es criminal. Y controla hasta el acto más insignificante.

SRA. PERNELLE. — Y todo lo que controla está perfectamente controlado. El sólo desea llevaros por el camino del cielo y por eso mismo mi hijo debería induciros a amarle.

DAMIS. — No, jamás. Ni mi padre ni nadie podrá obligarme a ello. Me traicionaría a mi mismo. Su manera de ser me repugna y temo que algún día nos arrepintamos en el escándalo, de haberlo conocido.

DORINA. — Ya es escandalosa la forma en que pretende dirigir esta casa. Tan luego él, que entró por esa puerta cubierto de harapos y con los zapatos agujereados.

SRA. PERNELLE. — Sin embargo me alegra mucho su presencia aquí. Todo iría mejor si se siguiesen sus devotos ejemplos.

DORINA. — Ese que para vos es un santo, no es más que un hipócrita redomado. Y tampoco me fío de ese Lorenzo, su sirviente, ni siquiera con un buen garante.

SRA. PERNELLE. — Habráse visto insolencia igual. Ignoro cómo es el fondo su criado, pero garantizo la hombría de bien del amo. Vosotros estáis en su contra por el celo con

que trata de indicaros el camino al cielo. Todo lo hace pensando en vuestro bien, pues le tiene horror al pecado.

DORINA. — ¿Entonces por qué no soporta que entre a esta casa una visita honrada? ¿Acaso ello ofende al cielo? ¿Por qué hace tanto escándalo cuando alguien llega? Personalmente, creo que está celoso de la señora.

SRA. PERNELLE. — ¡Callaos y pensad en lo que decís! No es solamente a él a quién molestan esas visitas. Todo el barullo que provoca ese desfile de carrozas a vuestra puerta, sumado a la cháchara de lacayos ruidosos, turba la paz de todo el vecindario. Y si bien quiero pensar que no hacéis nada censurable, también provoca las habladurías de la gente. Y eso no está bien.

CLEANTO. — Pues que hablen. Sería hartamente lamentable tener que renunciar a las buenas amistades sólo por lo que puedan decir unos pocos estúpidos. ¿Y aún cuando así lo hiciéramos, creéis que con ello esa gente callaría? No existen escudos eficaces contra la maledicencia. Por lo tanto no le hagamos caso a los imbéciles y tratemos de vivir como corresponde.

DORINA. — Dafné, nuestra vecina y ese maridito que tiene, ¿no serían acaso quienes hablan mal de nosotros? Aquellos cuya conducta más deja que desear están siempre listos para calumniar a los demás. Nunca dejan pasar la ocasión de encontrar y hacer creíble una relación pecaminosa en el encuentro más fugaz o la amistad más inocente. Pintan los actos ajenos con sus propios colores para disimular así sus entuertos o repartir entre otros una culpabilidad que sólo a ellos pertenece.

SRA. PERNELLE. — Eso no interesa. Es bien sabido que la Sra. Oranta lleva una vida ejemplar, que todos sus pensamientos vuelan hacia el cielo. Sin embargo, me enteré que desaprueba a viva voz las actividades que aquí tienen lugar.

DORINA. — ¡Qué ejemplo admirable! Es verdad que lleva una vida austera. Pero es la edad quién ha encendido en su alma ese celo ardiente. Ya no tiene más remedio que ser virtuosa. ¡Bien que aprovechó mientras pudo! Pero ahora que no atrae a las miradas masculinas, renuncia a un mundo que ya renunció a ella. Con el velo pomposo de una gran

virtud trata de ocultar sus encantos marchitos. Es penoso ver que los galanes se alejan; en ese caso la severidad es el único recurso que les queda a quienes otrora fueron coquetas. Y tal severidad en esas mujeres de bien, quienes todo lo censuran y nada perdonan, no es producto de la caridad. Es simplemente el resultado de la envidia de las que no soportan que otros gocen de lo ahora vedado para ellas.

SRA. PERNELLE. — Esos son cuentos fantásticos que inventáis para excusaros. Nuera mía, en vuestra casa me es imposible hablar pues esta señora sabelotodo pretende hacerse oír cada vez que intento decir una palabra. Pero antes de irme os hago saber que mi hijo jamás cometió una acción tan sensata como lo fue recibir en su hogar a este piadoso varón. Es evidente que el cielo mismo lo envió para que ilumine vuestros espíritus obnubilados. Escuchadlo por vuestro bien. Lo que él reprocha es más que reprochable. Estas visitas, bailes y conversaciones son todas ellas sumas del demonio. En tales ocasiones jamás se escuchan palabras piadosas, sólo dichos frívolos, canciones y lisonjas. No falta ocasión en que le toque al prójimo y es entonces cuando se calumnia a éste, ése y aquél. Hasta la persona más sensata se confunde con todo ese palabrerío. En menos de un segundo se dicen más de mil insensateces. Como hace unos días acertadamente lo dijera un doctor, parecería que tales reuniones tienen lugar en la Torre de Babel. Todos descerrajan sus opiniones al mismo tiempo sin escuchar una sílaba de lo que pronuncia su interlocutor y, para contar una. . . ¿Así que el señor Cleanto se burla? Pues id en busca de vuestros locos amigos si queréis divertirlos. Adiós nuera, no tengo nada más que decir ni hacer en esta casa.

ESCENA II

CLEANTO, DORINA

CLEANTO. — Me niego a seguirla y despedirme de ella. No sea que siga lanzándome invectivas. ¡Cómo se acaloró cuando hablamos en contra de su dichoso Tartufo!

DORINA. — ¡Y eso no es nada si la comparas con su hijo! Quién hubiera dicho que un digno servidor de su príncipe se convertiría en tan engatusado idiota. Ese tartufo es su hermano, su consejero sabio, su confidente secreto y de sus actos, el director infalible. Lo halaga, lo abraza. Ni por una amante se ha visto tal demostración de afecto. Lo aprecia cien veces más que su madre, mujer e hijos. Para las comidas le cede la cabecera y con placer infinito le mira devorar lo que seis comensales no engullirían y siempre le ofrece las mejores porciones. En fin, Tartufo es su héroe. Admira todo lo que hace; su acción más insignificante parece un milagro y cualquier cosa que diga es para Orgon un oráculo. De paso el hipócrita aprovecha para obtener dinero y hasta su propio sirviente se atreve a sermonearnos con rostro hostil sobre nuestras cintas, maquillajes o lunares. El muy traidor hizo trizas un pañuelo que encontró en un libro de misa, arguyendo que era crimen horrible mezclar la santidad con los adornos del diablo.

ESCENA III

ELMIRA, MARINA, DAMIS, CLEANTO, DORINA

ELMIRA. — Es una suerte que no hayáis venido. No os imagináis las cosas que nos dijo antes de subir a su carruaje. Pero reparé que mi marido llegaba. Como él no me vio subiré a mi habitación y allí le aguardaré.

CLEANTO. — Yo lo esperaré aquí para saludarlo.

DAMIS. — Entonces mencionad la boda de mi hermana. Sospecho que Tartufo se opone a la misma pues mi padre casi ni habla sobre la materia. Vos sabéis cómo me interesa ese himeneo. El amor que siente Valerio por Mariana es similar a la pasión que su hermana en mí despierta.

DORINA. — Ya viene.

ESCENA IV

ORGON, CLEANTO, DORINA

ORGON. — Hermano, buenos días.

CLEANTO. — Ya me iba, y me alegra mucho encontraros.

ORGON. — *(A Cleanto.)* Os ruego que aguardéis un instante, cuñado... ardo en saber si hubo alguna novedad durante mi ausencia. ¿Dorina, está todo en orden?

DORINA. — La señora, anteayer, tuvo fiebre hasta el atardecer y luego fue atacada por un dolor de cabeza de extraño origen.

ORGON. — ¿Y Tartufo?

DORINA. — No podría estar mejor. Robusto y saludable, de tez fresca y sonrosada.

ORGON. — ¡Pobre hombre!

DORINA. — Para la cena la pobre señora tenía náuseas y no pudo probar bocado debido al dolor que empeoraba.

ORGON. — ¿Y Tartufo?

DORINA. — Comió solo, frente a la señora. Con gran apetito dio muy devotamente cuenta de dos pollos y media pierna de cordero.

ORGON. — ¡Pobre hombre!

DORINA. — La señora no pudo cerrar un ojo durante toda la noche debido a sofocos que casi le impedían respirar. Tuvo fiebre hasta el alba y velamos a su lado.

ORGON. — ¿Y Tartufo?

DORINA. — Sintióse amodorrado se dirigió a su habitación después de cenar. Allí durmió como un lirón hasta la mañana siguiente.

ORGON. — ¡Pobre hombre!

DORINA. — Finalmente convencimos a vuestra esposa que se dejara sangrar y no tardó en sentirse aliviada.

ORGON. — ¿Y Tartufo?

DORINA. — Como para compensar la sangre perdida por vuestra esposa regó su desayuno con cuatro grandes copas de vino.

ORGON. — ¡Pobre hombre!

DORINA. — Ahora ambos se encuentran bien. Iré a anunciar a la señora cuánto os preocupó su convalecencia.

ESCENA V

ORGON, CLEANTO

CLEANTO. — Hermano, se ríe de vos ante vuestras propias narices, y sin pretender encolerizaros, os diré francamente que tiene razón. ¿Habrás visto jamás un capricho semejante? Es posible que un hombre vulgar ejerza tanto poder sobre vos como para que olvidéis todo...

ORGON. — ¡Basta, cuñado! ¡No conocéis a la persona de quién habláis!

CLEANTO. — No la conozco, ya que vos lo decís, pero para saber que clase de hombre es...

ORGON. — Os encantaría conocerlo. Es un hombre que... ah! Un hombre... en fin, un hombre. Quién acepta sus enseñanzas goza de una paz profunda y ve al mundo como si fuera un globo de estiércol. Sí, al lado suyo me convierto en otro, él me enseña a no pegarme a lo precedero. También sabe impedir que mi alma se afierre a los afectos terrenos y con indiferencia vería yo morir a mi hermano, mujer, madre e hijos.

CLEANTO. — Pero no podéis renunciar a esos sentimientos.

ORGON. — ¡Oh, si supierais como lo conocí! ¡Entonces también vos hubierais sentido por él la amistad que yo de nuestro! Todos los días acudía a la iglesia y con expresión piadosa se arrodillaba cerca de mí. Llamaba la atención de los feligreses por el ardor con que elevaba su plegaria al cielo. Suspiraba desconsolado y, a cada instante, bebaba el suelo con humildad. Cuando yo salía, se adelantaba solícito y me ofrecía agua bendita. Cuando su sirvienta, que en todo lo imitaba, me informó sobre la indigencia de su amo, le hice pequeños obsequios. Pero, con modestia, siempre me devolvía una parte. "Es demasiado", protestaba, "quédese con la mitad, yo no merezco su piedad". Y, cuando me negaba,

entonces ante mis propios ojos repartía esa suma entre los pobres. Por fin el cielo me inspiró a ofrecerle alojamiento y, desde entonces, todo en esta casa parece prosperar. Veo que observa todo; hasta es más celoso que yo de la honra de mi mujer. Me alerta sobre quienes la miran intencionadamente; en verdad, es seis veces más celoso de ella que yo mismo. Y no creeríais hasta qué punto llega su corrección; encuentra pecaminosa hasta la menor bagatela, una nadería lo escandaliza. Imagináos: el otro día se acusó de haber matado con demasiada violencia, mientras oraba, a una pulga.

CLEANTO. — Por Dios. Creo que estáis loco hermano. ¿Acaso os burláis de mí con todo lo que decís? Pretendéis acaso, que con toda esa cháchara...

ORGON. — Hermano, vuestras palabras huelen a libertinaje. Vuestra alma no está precisamente inmaculada, y como os he advertido tantas veces, debéis cuidaros de no cometer alguna desgracia.

CLEANTO. — Así es como se expresan vuestros iguales. Quieren que todos seamos ciegos como ellos, para quienes ser libertino es simplemente ser amable y el que no vive en la iglesia es un ateo. Ninguna de vuestras advertencias me inquieta. Sé muy bien cómo me comporto y el cielo conoce mi corazón. Existen los falsos devotos tanto como los falsos valientes. Los verdaderos valientes no hacen alarde de su coraje y los devotos sinceros, cuyo ejemplo se debe seguir, no son aquellos que se golpean el pecho y mascullan letanías a la vista de todos. ¿Acaso no podéis diferenciar entre la hipocresía y la devoción? ¿Pretendéis igualar el rostro y la máscara, el artificio y la sinceridad, la apariencia y la verdad, el fantasma y la persona? ¡Qué extraños son los hombres! Jamás se les conoce del todo. La razón es demasiado limitada para ellos y a menudo su vanidad la desborda y la más noble intención es, por lo tanto, arruinada.

ORGON. — Sin duda sois un doctor venerado. Habéis acaparado en vuestra persona todo el saber del mundo, sois el único iluminado, un oráculo. A vuestro lado, los demás hombres somos un hato de imbéciles.

CLEANTO. — No soy nada de eso, hermano. Pero sé diferenciar perfectamente lo falso de lo verdadero. Tanto co-

mo alabo al auténtico devoto desprecio al odioso que, detrás de una fachada sacrílega de celo religioso, abusa de la credulidad de ingenuos bien intencionados y los usa como le place. Esos individuos, cuyas almas son esclavas del interés, hacen de la devoción su oficio y negocios.

Quieren comprar prestigio y dignidad con miradas falsas y modales afectados. Son personas que con ardor singular corren por el camino del cielo para ganar su fortuna y, como poseídas, predicán retiros espirituales en plena corte. Saben combinar su piedad con sus vicios, son amargadas, desleales, arteras que, para desacreditar a quién les disgusta disimulan ese resentimiento con excusas religiosas. Son terribles porque en su áspera cólera esgrimen contra nosotros armas venerables. De buen grado nos asesinarían con el acero sagrado. Si bien existen demasiados individuos como ellos, gracias a Dios nuestro siglo también nos proporciona hombres sinceros, devotos de verdad que constituyen ejemplos gloriosos. No son fanfarrones de la virtud y en ellos no se manifiesta esa afectación insoportable. No censuran con palabras sino que predicán con el ejemplo, prefiriendo alabar el bien, sin encarnizarse jamás contra un pecador. Lo único que ellos detestan es al pecado en sí. No pretenden embanderarse a favor de la causa divina con una diligencia mayor que la impuesta por el propio cielo. Esa es la gente que vale destacar y es su ejemplo el que debéis seguir. Vuestro hombre no es así y aunque lo alabáis con buena fe, creo que estáis deslumbrado por un espejismo, no un resplandor verdadero.

ORGON. — ¿Señor cuñado, es eso todo?

CLEANTO. — Sí.

ORGON. — Entonces, quedo a vuestros pies. Buenos días.

CLEANTO. Permitime una palabra más, hermano. Habéis prometido a Valerio la mano de vuestra hija.

ORGON. — Sí.

CLEANTO. — Y habíais fijado la fecha para lazo tan tierno.

ORGON. — Es verdad.

CLEANTO. — ¿Por qué queréis ahora retrasarla?

ORGON. — No sé.
CLEANTO. — ¿Acaso tenéis alguna otra intención?
ORGON. — Podría ser.
CLEANTO. — ¿Faltaríais a vuestra palabra?
ORGON. — No digo eso.
CLEANTO. — No creo que exista obstáculo alguno para su cumplimiento, y Valerio me encargó que averiguara al respecto. ¿Qué he de decirle?
ORGON. — Lo que os place.
CLEANTO. — Pero es menester hacerle saber cuáles son vuestras intenciones.
ORGON. — Cumplir la voluntad divina.
CLEANTO. — Hablemos francamente. ¿Mantendréis vuestra promesa?
ORGON. — Adiós.
CLEANTO. — Me temo que este amor va por mal camino. Debo comunicar a Valerio todo lo que sucede.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ORGON, MARIANA

MARIANA. — ¿Padre?
ORGON. — Acercaos, debo hablaros en secreto.
MARIANA. — ¿Qué buscáis?
ORGON. — Verifico si hay alguien en este gabinete, es un sitio ideal para escuchar conversaciones ajenas. Ahora estoy tranquilo. Mariana, siempre habéis sido una joven de buen carácter y sabéis como os amo.
MARIANA. — Os retribuyo ese amor, padre.
ORGON. — Para ello sólo basta con ateneros a mi voluntad.
MARIANA. — Me honra obedeceros.
ORGON. — Eso me place. ¿Qué opináis de nuestros huéspedes, Tartufo?
MARIANA. — ¿Yo?
ORGON. — Naturalmente. Y pensad en lo que responderéis.
MARIANA. — ¿Qué puedo decir? Lo que os plazca.
ORGON. — Eso es hablar con sensatez. Decid entonces que su persona irradia un mérito tal que conmueve a vuestro corazón y que sería la mayor dicha del mundo que por decisión mía, fuera él vuestro esposo... *(Mariana parece distraída.)* ¿Qué decís?
MARIANA. — ¿Qué?
ORGON. — ¿Qué?
MARIANA. — ¿Decíais? Nos os entendía bien.
ORGON. — ¿Cómo?
MARIANA. — ¿Quién es el que conmueve mi corazón y con quién es que casarme produciría la mayor dicha del mundo?
(Entra Dorina)
ORGON. — Tartufo.
MARIANA. — ¿Por qué he de pronunciar tan gran mentira?

ORGON. — Pues yo deseo que sea verdad. Y basta.

MARIANA. — Padre, acaso queréis. . .

ORGON. — Sí hija mía, tengo la intención de unir por medio del himeneo a Tartufo con mi familia. Y será vuestro esposo, como he resuelto.

ESCENA II

DORINA, ORGON, MARIANA

ORGON. — ¿Qué hacéis ahí? Vuestra curiosidad debe ser muy grande, ya que os impulsa a espiarnos de esa manera.

DORINA. — No sé si es un rumor o una casualidad pero cuando me enteré de esta boda, me pareció una broma.

ORGON. — ¿Acaso es tan increíble?

DORINA. — Tanto, señor, que ni a vos os creo. ¡Vaya historia!

ORGON. — Pues he contado una que tendrá lugar dentro de poco. Creedme hija, yo no bromeo.

DORINA. — Decid lo que os plazca. Nadie os creará.

ORGON. — Mi paciencia se agota. . .

DORINA. — Entonces os creemos. Pero es posible que un señor que parece tan sensato, con esa barba en medio del rostro, sea tan loco como, para querer. . .

ORGON. — Amiga mía, estáis tomando atribuciones que no os corresponden ni me complacen.

DORINA. — Os ruego que conservéis la calma. ¿Acaso os burláis de todos al encarar este proyecto? Vuestra hija no sirve para un santurrón, él debe dedicarse a pensar en otros temas. Además, en qué puede beneficiaros semejante alianza: tener un yerno indigente no me parece. . .

ORGON. — Callad. No tiene un cobre, y es por eso que lo venero. Su mirada es, sin duda, honrada y lo ha elevado sobre mezquinos intereses mundanos debido a su desinterés por las cosas materiales y su pasión por las celestiales. Pero mi ayuda le permitirá recuperar los bienes que poseyó en su tierra natal. Como véis se trata de un gentilhomme.

DORINA. — Así dice él, y esa vanidad no corresponde

en absoluto con la santidad. Quién dedica su vida a la piedad no debe andar pregonando por doquier su noble origen, si lo tiene. La devoción exige humildad, entonces, para qué ese orgullo? Más veo que esto os desagrada. Entonces hablemos de él como persona. ¿Podéis entregar a un hombre como él una flor como vuestra hija? ¿No pensáis en el decoro y las consecuencias que tal unión pueden desencadenar? Sabed que se juega con la honra de una mujer cuando ésta debe casarse a la fuerza. Que una esposa sea honesta depende de las cualidades de su marido. Esos a quienes frecuentemente se señala con dos dedos en la frente son a menudo quienes hacen que sus mujeres sean lo que son. Quien entrega su hija a un hombre que ella odia es responsable ante el cielo de las faltas que esta pueda cometer.

ORGON. — ¡Sólo faltaba ésto! ¡Qué me enseñéis a vivir!

DORINA. — Os beneficiaría de veras aprender mis lecciones.

ORGON. — Basta de tanta cháchara. Hija, sé qué os conviene y, además, soy vuestro padre. Había prometido vuestra mano a Valerio, pero me enteré que lo atrae en demasía el juego. Además sospecho que es un libertino pues jamás lo veo en iglesia.

DORINA. — ¿Queréis que acuda cuando vos los hacéis, como hacen otros, solamente para hacerse ver?

ORGON. — No pedí vuestra opinión. En fin, el otro, iluminado por el cielo, es el mejor partido que se pueda desear. Este himeneo colmará todas vuestras aspiraciones, todo será placer y dulzura. Viviréis cual tortolitos enamorados, jamás tendréis un sí o un no y haréis de él lo que vos queráis.

DORINA. — Entonces ella, hará de él un cornudo.

ORGON. — ¡Basta! ¡No me interrumpáis más!

DORINA. — Me preocupo por vuestros intereses.

ORGON. — Os preocupáis demasiado.

DORINA. — Es que os aprecio.

ORGON. — No quiero que me apreciéis.

DORINA. — Pues os apreciaré, a pesar vuestro. Vuestro honor me es caro y no soporto que lo arriesguéis en manos de un cualquiera.

ORGON. — ¿Quieres callarte, víbora impertinente?
 DORINA. — ¡Ah! Sois devoto y sin embargo os dejáis dominar por la cólera.
 ORGON. — Sí, mi sangre hierve al escuchar todas esas sandeces y te ordeno que te calles.
 DORINA. — Callaré, pero seguiré pensando lo mismo.
 ORGON. — Piensa lo que quieras. Hija, he meditado cuidadosamente todo esto.
 DORINA. — ¡Me muerdo la lengua!
 ORGON. — Aunque no sea galán, Tartufo es de esos hombres que...
 DORINA. — ¡Vaya hocico el suyo!
 ORGON. — ... aunque no te sintieras atraída por sus otras condiciones...
 DORINA. — ¡Y vaya partido! Si yo estuviera en el lugar de ella, ningún hombre se casaría conmigo por la fuerza sin que, una vez solos, le hiciera saber en qué consiste la venganza de una mujer.
 ORGON. — ¿Es que no me haces caso?
 DORINA. — ¿Yo? No os he dirigido una sola palabra; hablaba conmigo misma.
 ORGON. — Para castigar tamaña insolencia tendré que hacerte conocer el revés de mi mano. Hija mía, debéis creermelo. Sabe que el marido que elegí para vos. . . (*A Dorina.*), ¿qué dijiste?
 DORINA. — No tenga nada más que decirle.
 ORGON. — Como os decía, hija, me debéis obediencia.
 DORINA. — (*Escapándose.*) ¡A mí sí que no me encajaría un marido como ese!
 ORGON. — Hija, esa muchacha es un demonio. ¡Sus palabras insolentes me han hecho encolerizar a tal punto que saldré a tomar fresco para serenarme!

ESCENA III

DORINA, MARIANA

DORINA. — ¿Has perdido el habla para que tuviera que

ser yo quien expresara tu opinión? ¡Soportar esa propuesta sin rechazarla con el más ínfimo gesto!

MARIANA. — ¿Contra un padre dictatorial como el mío, qué puedo hacer?

DORINA. — Lo que corresponde para alejar tal amenaza: responder que quién se casa eres tú, y no él y que es a tí, no a tu padre, a quién el marido debe agradar. Si Tartufo le parece tan encantador, pues entonces que se case con él.

MARIANA. — Debe admitirlo; mi padre tiene tanto poder sobre mí que jamás osé contrariarlo.

DORINA. — Veamos: Valerio pidió tu mano, te ama y, si no me equivoco, le correspondéis.

MARIANA. — ¿Cómo puedes dudar de mi amor por él? ¿Acaso no te lo confesé mil veces?

DORINA. — ¿Quién me asegura que ese amor es tan sincero como pretendes?

MARIANA. — Tus dudas me hieren, Dorina; lo amo con toda mi alma.

DORINA. — ¿Tal como él te ama a tí, verdad?

MARIANA. — Así lo creo.

DORINA. — Y ardes de impaciencia en casarte.

MARIANA. — Claro que sí.

DORINA. — ¿Entonces que opináis de esta nueva propuesta?

MARIANA. — Me mataría antes de consumar esa unión.

DORINA. — Pues no se me había ocurrido esa alternativa. En verdad, es un remedio bien sencillo, maravilloso. ¡Qué rabia siento al oírte hablar así!

MARIANA. — ¡Dorina, qué mal humor el tuyo! No te compadeces en absoluto de mi desgracia.

DORINA. — Pues no puedo compadecerme de quién se deja tratar como tú.

MARIANA. — ¿Qué quieres que haga? Soy tímida. . .

DORINA. — En el amor es menester la fuerza.

MARIANA. — ¿Acaso no le corresponde a Valerio arrancarme de la ira paterna?

DORINA. — ¡Cómo! ¿Si tu padre es un asno testarudo y está totalmente embaucado por su Tartufo y falta a la palabra comprometida, es eso culpa del amante?

MARIANA. — ¿Pero si me opongo vivamente a la voluntad de mi padre, no parecerá que estoy demasiado interesada en Valerio? ¿No quedarán mal parados mi pudor de doncella y mi deber de hija? Quieres, acaso, que la gente, enterada de mi vehemencia...

DORINA. — No, no quiero nada. Solo veo que deseas pertenecer al señor Tartufo y sería un gran error de mi parte obstaculizar esa alianza. ¿Para qué oponerme a tus deseos? Es obvio que se trata de un partido muy conveniente. ¡El señor Tartufo! ¡Oh, no es precisamente un Don Nadie a quién se te propone! No se trata de un burdo patán y no es para tí poco honor convertirte en su cara mitad. Ya todos lo coronan de gloria. Es noble, apuesto... sin duda vivirás feliz a su lado.

MARIANA. — Dios mío...

DORINA. — ¡Qué alegría sentirás cuando te conviertas en la mujer de tan bello esposo!

MARIANA. — ¡Basta, te lo ruego! ¡No hables más de esa manera y ayúdame a hacer algo contra un himeneo tan repugnante! Estoy dispuesta a todo.

DORINA. — No, la hija debe obedecer al padre aunque éste pretenda casarla con un mono. Tu suerte es envidiable, ¿por qué te quejas? Pasearás en coche por su pueblo natal, que encontrarás repleto de parientes suyos a quien no dudo, te encantará recibir en tu casa. La mujer del alcalde te dará la bienvenida, como señal de honor tendrás un taburete plegable y, en el carnaval, bailarás en la plaza al sonido rústico de un conjunto de músicos vulgares.

MARIANA. — ¡Ah, basta, que me muero! Dame más bien tus consejos.

DORINA. — A vuestros pies, señora.

MARIANA. — ¡Piedad! Dorina...

DORINA. — Mereces tu castigo.

MARIANA. — ¡Por favor!

DORINA. — ¡No! Tartufo te está destinado y le pertenecerás.

MARIANA. — Sabes que siempre confié en tí...

DORINA. — Pues serás tartufada.

MARIANA. — Ya que mi suerte no te conmueve, déjame sola con mi desesperación. Ella será mi ayuda y me dará fuerzas para echar mano al remedio infalible.

DORINA. — ¡Vaya, que no es para tanto! Ya pasó mi enojo. Es menester ayudarte y tener piedad de tí.

MARIANA. — Si debo ser sometida a tan feroz martirio, he de morir primero.

DORINA. — No te atormentes así, ya impediremos... pero he aquí a Valerio.

ESCENA IV

VALERIO, MARIANA, DORINA

VALERIO. — Señora acabo de enterarme de una noticia que ignoraba y que, sin duda, es buena.

MARIANA. — ¡Qué!

VALERIO. — Os casáis con Tartufo.

MARIANA. — Es verdad que eso desea mi padre.

VALERIO. — Señora, vuestro padre...

MARIANA. — Cambió de opinión. Fue él quien me propuso este asunto.

VALERIO. — ¿Habláis seriamente?

MARIANA. — Sí. Ha preferido este otro himeneo.

VALERIO. — ¿Y qué decisión tomaréis, señora?

MARIANA. — No sé.

VALERIO. — Vuestra respuesta os honra. ¿No lo sabéis?

MARIANA. — No. ¿Qué me aconsejáis?

VALERIO. — Pues que os caséis con tal esposo.

MARIANA. — ¿Eso me aconsejáis?

VALERIO. — Sin duda se trata de una excelente elección.

MARIANA. — Pues, señor, seguiré vuestro consejo.

VALERIO. — Me parece que ello no os contraría demasiado.

MARIANA. — Tanto como el dármele os ha contrariado a vos.

VALERIO. — Os lo dí para complaceros, señora.

MARIANA. — Y para complaceros a vos, lo seguiré.

VALERIO. — ¿Es así que se ama? Entonces era un engaño cuando vos. . .

MARIANA. — Os ruego que no hablemos de eso. Me dijisteis bien claramente que aceptara a quien se me ha ofrecido como esposo. Declaro que seguiré el consejo que acabáis de darme.

VALERIO. — No tratéis de excusaros con esa declaración. Ya habíais decidido previamente y echáis mano a un pretexto frívolo para faltar a vuestra palabra.

MARIANA. — Es verdad, decís bien.

VALERIO. — Entonces no me cabe duda que jamás sentisteis por mí una pasión verdadera.

MARIANA. — Sois vos que pensáis de tal manera.

VALERIO. — Sí, yo. Pero mi corazón ofendido sabrá a quién recurrir.

MARIANA. — No lo dudo. Los ardores que vuestra persona puede provocar. . .

VALERIO. — Dejemos eso. No creo valer tanto y vos, sin duda, sois la prueba. Mas espero que otra mujer sabrá ser más cariñosa conmigo y sé de quien, sin ningún inconveniente, consentirá en reparar vuestra pérdida.

MARIANA. — La pérdida no es tan grande y os consolareis fácilmente.

VALERIO. — Haré todo lo posible. Cuando un corazón nos olvida debemos poner todo nuestro empeño en olvidarlo también. Si ello no se logra, al menos se debe aparentar. Jamás se perdona la cobardía de demostrarle amor a quien nos abandona.

MARIANA. — Sin duda que es ese un noble sentimiento.

VALERIO. — Naturalmente, y todo el mundo debería aprobarlo. . . ¡Pero qué! ¿Acaso pretendéis que en mi alma aiente yo mi pasión por vos al mismo tiempo que, ante mis propios ojos, os entregáis a otro? ¿Sería ilógico entonces que entregue yo a alguien más sensible el corazón que vos rechazáis?

MARIANA. — Al contrario; eso es lo que deseo. En realidad, me complacería que este asunto ya estuviese resuelto.

VALERIO. — ¿De veras?

MARIANA. — Sí.

VALERIO. — Señora, me habéis insultado más de la cuenta. Corro a complaceros.

MARIANA. — Muy bien.

VALERIO. — Pero al menos recordad que sois vos quien me obliga a dar este paso extremo.

MARIANA. — Sí.

VALERIO. — Lo que intento hacer ahora no es más que seguir vuestro ejemplo.

MARIANA. — Sea.

VALERIO. — Y para toda la vida.

MARIANA. — En buenahora.

VALERIO. — ¿Decíais?

MARIANA. — ¿Qué?

VALERIO. — ¿No me llamásteis?

MARIANA. — ¿Yo? ¡Estáis soñando!

VALERIO. — Entonces, me voy. Adios, señora.

MARIANA. — Id con Dios, señor.

DORINA. — Habéis perdido la cabeza con estas extravagancias. Hice mal en dejaros querellar tanto tiempo para verificar cuán lejos llegaríais, Señor Valerio.

VALERIO. — ¿Qué quieres, Dorina?

DORINA. — Deteneos.

VALERIO. — No, me domina el despecho. Me niego a retractarme. Ella es la culpable.

DORINA. — ¡Ah!

MARIANA. — Mi presencia le es ingrata. Mejor será que yo me retire.

DORINA. — ¿A dónde vais? ¡Regresad!
MARIANA. — ¡Déjame! No trates de retenerme.
VALERIO. — Veo que mi presencia es para ella un suplicio. Más vale que me retire.
DORINA. — ¡Basta de comedias! ¡Qué prive el sentido común!
VALERIO. — ¿Qué piensas hacer?
DORINA. — Restablecer vuestra unión y tratar de sacarnos de este apuro. (A Valerio.) ¿No os avergonzáis de vuestra actitud?
VALERIO. — ¿Acaso no oísteis cómo me habló?
MARIANA. — ¿No visteis cómo me trató?
DORINA. — Sois un par de tontos. Ella no ama a otro más que a vos y él sólo piensa en ser vuestro esposo. Os respondo de ello con mi vida.
MARIANA. — ¿Por qué me dices eso?
VALERIO. — ¿De qué hablas?
DORINA. — Ambos estáis locos. A ver, daos la mano.
VALERIO. — ¿Para qué?
MARIANA. — Esto es inútil.
DORINA. — Por Dios, acercaos. Os amáis mucho más de lo que creéis.
VALERIO. — (A Mariana) Pero no os acerquéis si ello os disgusta. Y si no es así, entonces miradme con un poco más de afecto.
DORINA. — A decir verdad, los amantes son locos.
VALERIO. — ¡Ah! ¿Acaso no tengo razones para estar disconforme? No mentiría si dijese que sois una malvada que se complace en decirme palabras hirientes.
MARIANA. — Y no sois vos, tal vez, el hombre más ingrato que...
DORINA. — Dejemos esta discusión para otra oportunidad y pensemos cómo oponernos a tan odiosa boda.
MARIANA. — Dínos qué hemos de hacer.
DORINA. — Echaremos mano a cuanto recurso convenga. Pero lo que más te conviene es consentir dulcemente a esta extravagancia de tu padre pues, en caso de peligro inminente, será más fácil postergar tu boda. Lo principal es ganar tiempo. Serás víctima de una súbita enfermedad que provo-

cará un aplazamiento inevitable o habrás tenido presagios funestos por haber visto un fantasma, roto un espejo o soñado con agua teñida en sangre. En fin, piensa que nadie podrá casarte si no das el sí.
Pero para que nuestros propósitos tengan éxito será mejor que nos os vean juntos. Idos, señor, y emplead a vuestros amigos para que podáis obtener lo que se os prometió. Nosotros despertaremos el interés de su hermano y también trataremos de ganar la buena voluntad de la suegra. Adios.
VALERIO. — (A Mariana.) Por grandes que sean nuestros esfuerzos mi mayor esperanza está puesta en vos.
MARIANA. — No respondo de la voluntad de mi padre pero no perteneceré a nadie sino a Valerio.
VALERIO. — ¡Qué alegría me dáis! Si yo pudiese...
DORINA. — ¡Ah, los amantes jamás se cansan de parlotear! Os digo que salgáis.
VALERIO. — En fin...
DORINA. — Pero cuán interminable conversacioncilla es la vuestra. Vos, salid por aquí y tu, por esa puerta.

TERCER ACTO

ESCENA I

DAMIS, DORINA

✓ DAMIS. — ¡Qué me parta un rayo, que se me llame el mayor de los cretinos si aquí y ahora no hago explotar mi cólera, pese a quien pesare!

DORINA. — ¡Moderad esos impulsos! Vuestro padre no hizo más que hablar. No siempre se cumple con lo que se dice y, del dicho al hecho, hay un largo trecho.

DAMIS. — Debo impedir ese disparate y decirle bien claramente lo que opino al respecto.

DORINA. — ¡Contenéos! Dejad que sea vuestra madrastra quien se entienda con vuestro padre y Tartufo. Me parece que tiene una cierta influencia sobre él, pues siempre trata de ser amable con ella. Quién sabe si no siente alguna atracción por la Señora. ¡Ojalá eso fuera verdad! ¡Qué gracioso sería!... En tanto, en interés vuestro, ella piensa hablar con él, sondearlo respecto a ese himeneo que tanto os inquieta, averiguar cuáles son sus sentimientos y hacerle saber qué graves consecuencias puede provocar su boda. Su sirviente me informó que está rezando, así que aún no puede verlo. Pero también me informó que no tardaría en bajar. Os ruego que salgáis y me permitáis esperarlo sola.

DAMIS. — Deseo estar presente en vuestra conversación, te prometo que no le diré nada.

DORINA. — Os burláis; todos sabemos cuán impulsivo sois. Podrías echar todo a perder en un instante.

DAMIS. — Me quedaré y no me alteraré.

DORINA. — No insistáis más y retiraos! Ya viene. *(Dorina empuja a Damis fuera de la sala. Cierra la puerta y le da la espalda esperando la entrada de Tartufo. Damis abre cautelosamente y, al constatar que Dorina no puede verlo, se esconde en el gabinete.)*

ESCENA II

TARTUFO, LORENZO, DORINA

(Tartufo creyéndose solo, entra sonriendo satisfecho. Al ver a Dorina, cambia su actitud.)

TARTUFO. — Lorenzo, guarda el cilicio junto con mi disciplina. Si alguna persona pregunta por mí comunícale que voy a visitar a los presos para repartir unas limosnas.

DORINA. — ¡Qué dechado de hipocresía!

TARTUFO. — ¿En qué puedo servirte?

DORINA. — Quería deciros que...

TARTUFO. — ¡Ah! ¡Dios me guarde! Te suplico que, antes de hablar, tomes este pañuelo.

DORINA. — ¿Qué?

TARTUFO. — Cubre esos senos que no me atrevo a mirar. Tales objetos provocan pensamientos culpables y tornan indigno al espíritu.

DORINA. — Qué fácil de tentar sois. ¡Cuán pronto os impresiona la carne! Ignoro que calor se apodera de vos pero lo que es yo, ni siquiera pestañearía aunque os viese desnudo de pies a cabeza. Ni un ápice de vuestra piel podría tentarme.

TARTUFO. — O habláis con modestia o me retiro inmediatamente.

DORINA. — No, soy yo quién os dejará en paz. Sólo debo deciros que la señora desea que le concedáis unos momentos para hablar con vos en esta sala.

TARTUFO. — De mil amores.

DORINA. — *(Aparte)* ¡Cómo cambió su semblante! Mantengo lo que opinaba antes.

TARTUFO. — ¿Vendrá pronto?

DORINA. — Creo que se acerca. Sí, es ella. Os dejo a ambos.

ESCENA III

ELMIRA, TARTUFO

TARTUFO. — Que el cielo, con toda su bondad, bendiga eternamente la salud de vuestra alma y vuestro cuerpo e ilumine vuestros días tanto como lo desea este humildísimo servidor a quien el Eterno inspira.

ELMIRA. — Os agradezco de todo corazón tan piadosos deseos. Pero sentémonos. Así podremos conversar más cómodamente.

TARTUFO. — ¿Estáis totalmente repuesta de vuestro mal?

ELMIRA. — En efecto, esa molesta fiebre ya ha cesado.

TARTUFO. — No creo que haya sido el escaso mérito de mis humildes plegarias, pero no he elevado una sola que no tuviese por objeto rogar por vuestra convalecencia.

ELMIRA. — Vuestro celo me parece excesivo.

TARTUFO. — Vuestra salud es demasiado preciosa y por ella hubiese dado yo la mía.

ELMIRA. — Eso se llama llevar la caridad cristiana hasta sus límites. Mucho os debo por tanta bondad hacia mi persona.

TARTUFO. — Hago muchísimo menos de lo que merecéis.

ELMIRA. — Deseo hablar en secreto con vos sobre cierto asunto y no dudo que aquí estaremos tranquilos.

TARTUFO. — Pues no sabéis hasta qué punto me encanta, señora, estar a solas con vos. Es una ocasión que tanto he suplicado al cielo y éste apenas ahora me ha escuchado.

ELMIRA. — Lo que deseo es que abráis vuestro corazón sin ocultar nada.

TARTUFO. — Y yo, por singular coincidencia, no deseo otra cosa que revelar ante vuestros ojos toda mi alma y juraros que mi oposición a las visitas que recibís no nace de un odio por vos. Es más bien un exceso de celo que me impulsa a protegeros de ellas y que, con un puro impulso...

ELMIRA. — Pues no lo tomo a mal y comprendo vuestra inquietud.

TARTUFO. — Sí, señora, mi fervor es tal...

(Tartufo aprieta con demasiada fuerza los dedos de Elmira.)

ELMIRA. — Ay ¡Apretáis demasiado!

TARTUFO. — Es por un exceso de celo. Jamás osaría haceros daño.

ELMIRA. — ¿Qué hace vuestra mano?

TARTUFO. — Tocaba la tela de vuestra falda; es tan suave...

ELMIRA. — ¡Basta, que soy muy cosquillosa!

TARTUFO. — ¡Dios mío! ¡Qué maravilloso bordado! ¡Qué bien trabajan actualmente las bordadoras! ¡Habrás visto jamás una puntilla tan delicada!

ELMIRA. — Es verdad. Pero volvamos al tema. Se dice que mi marido ha decidido retirar su palabra y concederos la mano de mi hija. ¿Es cierto eso?

TARTUFO. — Me habló al respecto pero, para decir verdad, esa no es la felicidad que yo anhelo. No es en ella en quién veo los atractivos maravillosos de la dicha que tanto deseo.

ELMIRA. — Es porque sois indiferente a los halagos de este mundo.

TARTUFO. — Pero mi pecho encierra un corazón que no es de piedra.

ELMIRA. — Pues yo estoy convencida que todos vuestros deseos vuelan hacia el cielo y que no hay nada en esta tierra que pueda retenerlos.

TARTUFO. — El amor que nos ata a las bellezas eternas no ahoga nuestro amor por lo terreno. Nuestros sentidos también pueden recrearse con obras perfectas creadas por el cielo. Sus atractivos reflejados brillan en vuestros rasgos y depositan, en vos, sus más singulares maravillas. Vuestra belleza sorprende al ojo y transporta al corazón. No puedo veros, criatura perfecta, sin admirar en vos al creador de la naturaleza y sentir un amor ardiente por el más bello retrato que jamás pintó. Al conoceros temí que esta pasión secreta fuera un ardid del espíritu maligno para perderme y llegué hasta rehuir de vuestra mirada creyéndoo un obstáculo en el camino de mi salvación. Pero constaté, o ama-

ble beldad, que esa pasión no era en absoluto culpable. Que es conciliable con el pudor y que a ella puedo entregar mi corazón. Confieso que soy audaz al hablaros de esta manera mas espero todo de vuestra bondad y nada de mis esfuerzos vanos y mi debilidad. En vos deposito mi esperanza, mi bienestar, mi paz; de vos depende mi dolor o mi beatitud. Con un gesto podréis hacer de mí un desdichado o el más feliz de los hombres.

ELMIRA. — Vuestra declaración es muy galante y, a decir verdad, más que sorprendente. Deberías reorganizar vuestros sentimientos y razonar que tales propósitos, viniendo de un hombre devoto como vos, renombrado como tal por doquier. . .

TARTUFO. — No por ser devoto dejo de ser hombre. Cuándo se observa vuestros encantos celestiales, el corazón se deja llevar y no razona más. Sé que esta declaración os sorprende, pero señora, yo no soy un ángel y si condenáis la confesión que os hago, debéis reprochárselo a vuestros rasgos encantadores pues, desde que los divisé, brillando con ese resplandor sobrehumano, os convertísteis en la soberana de todo mi ser. La dulzura de vuestras divinas miradas forzó la resistencia en la que se obstinaba mi corazón. Pudo con todo; ayunos, plegarias, lágrimas. Desvió todas mis devociones hacia vuestros encantos. Mis ojos y mis suspiros se lo han dicho mil veces pero, para expresarme con más claridad, empleo mi voz. Si contempláis benigna las tribulaciones de este indigno esclavo, si vuestra bondad me consuela, siempre sentiré por vos, oh suave maravilla, una devoción jamás igualada.

Vuestro honor conmigo no corre peligro y no debéis temer ninguna desgracia de mi parte. Todos esos galantes de la corte por quienes se enloquecen las mujeres son bullangueros en los hechos y fatuos en sus palabras. Siempre se los ve hablar de sus progresos, divulgando a los cuatro vientos los favores que reciben y su lengua incansable deshonor el altar en que el corazón se sacrifica. Pero las gentes como nosotros ardemos con un fuego secreto. El cuidado que tenemos por nuestra reputación responde totalmente en todo lo que concierne a la persona amada por nosotros quien, si acepta

nuestro ardor, encuentra amor sin escándalo y placer sin temor.

ELMIRA. — Os escucho hablar y vuestra retórica se explica a mi alma con términos asaz burdos. ¿No habéis pensado que yo pueda informar a mi marido sobre vuestro galante ardor y que, al enterarse de tal amor, rompiera la amistad que por vos siente?

TARTUFO. — Sé hasta qué punto llega vuestra bondad y que os apiadaréis de mi temeridad. Que sabéis disculpar la debilidad humana de los violentos impulsos de un amor que os ofende. Miráos y luego pensad que no soy ciego y que un hombre, después de todo, es de carne.

ELMIRA. — Tal vez otras reaccionarían de otra manera, pero en mí privará la discreción. No le diré una palabra sobre esto a mi esposo. Pero, en cambio, deseo algo de vos; apoyad la boda de Valerio y Mariana, renunciad al injusto lugar que, con la amada de otro, pretendéis enriqueceros y. . .

ESCENA IV

ELMIRA, DAMIS, TARTUFO

DAMIS. — (*Saliendo del gabinete.*) No, señora, no, esto debe divulgarse. Estuve oculto ahí, desde donde pude oír todo. Sin duda el cielo me inspiró para confundir el orgullo de un traidor odioso y darme los medios para emplear en la venganza contra su hipocresía e insolencia, desengañando a mi padre al exponer francamente el alma de un descarado que os habla de amor.

ELMIRA. — No. Damis, actuad con sensatez y colaborad conmigo en la obtención de la gracia que solicito. Yo hice una promesa, no me desdigáis. No acostumbro hacer escándalos; soy una mujer que se ríe de esas estupideces y jamás molestaría a mi marido por una de ellas.

DAMIS. — Tenéis vuestras razones para tomar esa actitud y yo las mías para obrar de otra manera. Perdonarlo sería una burla y el orgullo insolente de su falsedad ya ha triunfado demasiadas veces sobre mi justo despecho y pro-

vocado tantos desórdenes en nuestra casa. Este reptil ha dominado a mi padre y estropeado mi compromiso y el de Valeria. Es menester que el pérfido sea desenmascarado y para ello el cielo me ha otorgado un medio ideal. Le estoy agradecido por esta ocasión tan favorable que no pienso desaprovechar. Sería una tontería dejar pasar este momento.

ELMIRA. — Damis. . .

DAMIS. — No, mi posición es la justa. Mi alma está colmada de alegría y en vano tratáis de que no goce del sabor de la venganza. Me daré el gusto en este preciso momento.
(Damis está a punto de abalanzarse sobre Tartufo pero súbitamente entra Orgon. Tartufo saca un breviario de su bolsillo y reza. Orgon lo abraza y lo mira con admiración.)

ESCENA V

ORGON, DAMIS, TARTUFO, ELMIRA

DAMIS. — Ante todo, regalemos los oídos de mi padre. Relataré un incidente que os sorprenderá en sobremanera. Vuestras demostraciones de afecto han sido bien pagas; este señor reconoce vuestros favores con una retribución muy singular. Su celo por vos es tal que llega hasta la deshonra: lo he sorprendido confesando a vuestra esposa la pasión injuriosa que por ella siente. Su carácter es tan dulce como su corazón discreto y me había rogado que guardase el secreto. Pero no puedo permitir tanta impudicia y pienso que callarla sería ofenderos.

ELMIRA. — Sí, opino que esas palabras insensatas no deben perturbar la tranquilidad de un marido. No es él de quien debe depender el honor, basta con que yo sepa defenderlo. Esto es lo que siento y no hubiérais dicho nada, Damis, si yo hubiera tenido algún ascendiente sobre vos.

ESCENA VI

ORGON, DAMIS, TARTUFO

ORGON. — ¿Acaso puedo dar crédito a mis oídos?

TARTUFO. — Sí, hermano, soy un malvado, un culpable, un pecador desventurado desbordante de iniquidad, el mayor infame que jamás haya nacido. Cada instante de mi vida está plagado de manchas, no es más que una masa informe de crímenes y basura y veo que el cielo, para castigarme, desea mortificarme en esta ocasión. Sea cual fuere el crimen del que se me acusa sofocaré a mi orgullo y no me defenderé. Cree en lo que te dice, arma tu cólera y, como a un criminal, échame de esta casa. Todo el oprobio con que me cubras será poco comparado con el que merezco.

ORGON. — Ah, traidor, ¿osas con tu falsedad tratar de manchar tal pureza?

DAMIS. — ¿Qué? La sumisión fingida de esta alma hipócrita acaso. . .

ORGON. — ¡Cállate, peste maldita!

TARTUFO. — ¡Ah, déjalo hablar! Lo acusas injustamente, y deberías creer en sus palabras. ¿Por qué tanta parcialidad hacia mí? ¿Sabes acaso todo lo que yo soy capaz de perpetrar? ¿Te confías, hermano, en mi aspecto exterior? ¿Y de acuerdo a lo que ves, me crees aún mejor? No, te dejas engañar por las apariencias y soy mucho peor de lo que desgraciadamente tú piensas. Todos me consideran un hombre de bien, pero la verdad es que no valgo nada. *(A Damis.)* Sí, amado hijo, trátame de pérfido, infame, perdido, ladrón, homicida. Agóbiame con motes aún más detestables. No te contradeciré pues merezco todo y, de rodillas, deseo sufrir la ignominia cual oprobio merecido por los crímenes de mi vida.

ORGON. — *(A Tartufo.)* Hermano, esto es demasiado. *(A Damis.)* Y tu corazón aún late, traidor?

DAMIS. — ¡Qué! Esas palabras os seducen a tal punto. . .

ORGON. — ¡Cállate miserable! *(A Tartufo.)* De pie, hermano, te lo suplico! *(A Damis.)* ¡Infame!

DAMIS. — Es que. . .

ORGON. — Cállate.
DAMIS. — ¡Qué furia! Acaso yo...
ORGON. — Una palabra más y te rompo los brazos.
TARTUFO. — Hermano, en nombre de Dios, no te alteres. Preferiría sufrir el peor castigo antes de que él reciba el más leve rasguño.
ORGON. — ¡Ingrato!
TARTUFO. — Déjalo en paz. Te lo suplico de rodillas.
ORGON. — (A Tartufo.) ¿Te burlas? (A Damis.) ¡Bri-bón!
DAMIS. — Es que...
ORGON. — ¡Silencio! Conozco muy bien el motivo de tu ataque. Todos vosotros lo odiáis, esposa, hijos, servidumbre, todos estáis en su contra. Cualquier calumnia es buena para tratar de apartar de mi lado a ese beato, pero cuanto mayores sean vuestros intentos para echarlo, más esfuerzos haré yo para retenerlo. Apresuraré la boda de mi hija para castigar el orgullo de mi familia.
DAMIS. — ¿Pensáis obligarla a darle su mano?
ORGON. — Sí, traidor. Y esta misma tarde, para que reventes de rabia. Os desafío a todos, yo soy el amo y es a mi a quien se debe obediencia. Retráctate en este preciso momento, malhechor, póstrate a sus pies y pídele perdón.
DAMIS. — ¿Yo? A ese cretino que con sus mentiras...
ORGON. — Ah, infeliz, ¿te resistes y además lo injurias? ¡Un bastón! (A Tartufo.) Suéltame. (A Damis.) Vete para siempre de esta casa y jamás tengas la audacia de regresar!
DAMIS. — Sí, me iré, pero...
ORGON. — ¡Pronto, sal de aquí. Te desheredo y te mal-digo!

ESCENA VII

ORGON, TARTUFO

ORGON. — ¡Ofender así a un santo!
TARTUFO. — ¡Oh, cielo, perdónale el dolor que me causa! ¡Si supieras cuánto me apena ver cómo se trata de

desprestigiarme ante mi hermano!
ORGON. — ¡Ah!
TARTUFO. — El sólo pensar en esa ingratitud asesta en mi alma un golpe tan cruel... qué horror... tengo el corazón destrozado. ¡Ah! No puedo hablar más... creo que me muero...
ORGON. — ¡Infame! ¡Cómo me arrepiento que mis manos lo hayan perforado y no haberle aniquilado en el momento! Vuelve en tí, hermano, no te enojas conmigo...
TARTUFO. — No hablemos más de estos enojosos hechos... Veo cuán graves problemas causa aquí mi presencia y creo que es menester, hermano, que esto llegue a su fin.
ORGON. — ¿Cómo? ¿Acaso te burlas de mí?
TARTUFO. — Todos me odian y noto que tratan hacer-te desconfiar de mí.
ORGON. — ¿Qué importa, si mi corazón no les escucha?
TARTUFO. — Sin duda persistirán en su propósito y las mismas habladurías que ahora rechazas tal vez las escucharas algún día.
ORGON. — No, hermano, jamás.
TARTUFO. — Ay, hermano, una mujer puede cambiar con facilidad el corazón de su marido.
ORGON. — No, no.
TARTUFO. — Déjame y de esta manera permíteme quitarles hasta el menor pretexto para atacarme.
ORGON. — No, te quedarás aquí aunque me cueste la vida.
TARTUFO. — Está bien me sacrificaré. Aunque, si quisieras...
ORGON. — ¡Ah!
TARTUFO. — Sea, no hablemos más de ello. Pero sé como deberé actuar. El honor es delicado y mi amistad por tí me impide permitir hasta la más leve sombra de sospecha. De ahora en adelante evitaré la presencia de tu mujer...
ORGON. — No, mal que les pese a los demás, la frecuentarás. Hacerlos rabiar es mi mayor alegría y deseo que te vean a su lado a toda hora. Y eso no es todo. Para desafiarlos aún más no quiero tener otro heredero que no seas tú.

Por lo tanto te donaré todos mis bienes. Un amigo bueno y sincero, que tomo por yerno, me es más caro que hijo, esposa y padres. Aceptas lo que te ofrezco?

TARTUFO. — Que en todo se cumpla la voluntad del cielo.

ORGON. — ¡Pobre hombre! ¡Ven, corramos a firmar el documento y que la envidia reviente de despecho!

*CUARTO ACTO

ESCENA I

CLEANTO, TARTUFO

CLEANTO. — Sí, todos hablan de ello, y el clamor que provoca este escándalo no os es precisamente favorable. Este encuentro es harto oportuno ya que deseo expresaros lo que pienso. No examino a fondo el asunto y parto de la peor premisa. Supongamos que Damis os ha acusado en falso. ¿No es acaso el deber de un cristiano perdonar las injurias y extinguir en su corazón toda sed de venganza? ¿Podéis permitir que por vuestra causa un padre exilie a su hijo? Os lo repito con franqueza; no hay persona a quien este hecho no haya escandalizado y si me creéis restableceréis la paz y no permitiréis que la cosa vaya más lejos. Sacrificad vuestra cólera a Dios y haced que padre e hijo se reconcilien.

TARTUFO. — Lo haría de todo corazón. Creed, señor, que yo no siento rencor alguno, le perdono todo, no le acuso y desde el fondo de mi alma surgen mis deseos de servirlo. Pero el interés del cielo me lo impide. Si él regresa soy yo quien debe partir. Después de una acción tan inaudita como la suya cualquier relación entre nosotros provocaría un escándalo. Dios sabe qué diría la gente al respecto. Lo adjudicarían a mi astucia y por doquier se comentaría que, sintiéndome culpable, demuestro por quien me acusa una dudosa amistad. Que deseo ganar su perdón con el silencio.

CLEANTO. — No me espetéis tan débiles excusas. Todas vuestras razones, señor, son tiradas de los pelos. ¿Por qué tenéis que ser vos quien se encargue de los intereses del cielo? Dejad que El se encargue de sus venganzas y pensad más bien en perdonar las ofensas. Ya que obedecéis a las órdenes del cielo soberano, no hagáis caso a lo que digan los humanos. ¿Acaso el ínfimo interés de lo que se puede creer una buena acción os quitará prestigio? No; hagamos siempre lo que el cielo indica y no confundamos nuestros espíritus con otros intereses.

TARTUFO. — Ya os dije que lo perdono y eso, señor, es lo que el cielo ordena. Pero después del escándalo y las injurias de hoy, el cielo no ordena que yo viva con él.

CLEANTO. — ¿También os ordena escuchar el capricho de un padre y aceptar un bien cuando el derecho os obliga a no aceptar nada?

TARTUFO. — Quienes me conocen no pensarán que eso es producto de un alma interesada. Todas las riquezas de este mundo no pueden llegar a interesarme y no me deslumbra su esplendor engañoso. Si me resolví a aceptar lo que un padre me ofreció es solamente porque temo que ese bien caiga en malas manos. Que, repartido entre gentes inadecuadas se lo emplee al servicio del pecado y no al fin que le destinaré: exaltar la gloria del cielo y ayudar al necesitado.

CLEANTO. — Pues, señor, no tengáis tan delicados escrúpulos que pueden provocar los reclamos de un heredero legítimo. Sufrid, sin molestaros, que a su propia cuenta y riesgo posea esos bienes. Pensad que es mejor que los malgaste que se os acuse de haberos apropiado indebidamente de ellos. Lo que me sorprende es que hayáis aceptado el don sin reparo alguno. ¿Es alguna máxima de la caridad la que ordena desposeer a un heredero legítimo? ¡Y si el cielo inculcó en vuestro corazón algún obstáculo invencible para que podáis compartir el mismo techo con Damis, no valdría más que, como hombre discreto, partiérais vos antes que permitir la expulsión, por vuestra causa, del hijo de la casa? Creedme señor que...

TARTUFO. — Señor, son las tres y media. Ciertos ejercicios piadosos me reclaman arriba. Excusad que os deje tan pronto.

CLEANTO. — ¡Ah!

ESCENA II

DORINA

DORINA. — Os suplico que, con nosotros, intercedáis por ella. Su alma sufre con dolor indecible y la ceremonia

que su padre ha previsto para ella esta tarde la sume a cada instante en la más profunda desesperación. El señor está por llegar. Aunemos nuestros esfuerzos y tratemos de desbaratar, por la fuerza o la astucia, ese desdichado proyecto que tanto nos angustia.

ESCENA III

ORGON, ELMIRA, MARIANA, CLEANTO, DORINA

ORGON. — Ah, me alegro de veros a todos reunidos. Traigo en este contrato materia para haceros reír. Y sabéis que quiero decir con eso.

MARIANA. — Padre, en nombre del cielo, que conoce mi dolor, por todo lo que pueda conmover vuestro corazón, ablandad un poco los derechos del nacimiento y dispensadme de la obediencia que os debo, no me aniquiléis con vuestra dura ley. No hagáis de mi vida un martirio, que deba lamentar al cielo la existencia que os debo. Si, contrariando una dulce esperanza que alentaba, me prohibís que pertenezca a quien oso amar, al menos imploro que vuestra bondad me evite el tormento de casarme con quien aborrezco. No me reduzcáis a la más cruel desesperanza empleando sobre mí vuestro poder.

ORGON. — ¡Endurécete corazón, aleja de tí la debilidad humana!

MARIANA. — Vuestro afecto por él no me importa, entregadle todos vuestros bienes y, si eso no bastara, también los míos. Os los entrego de todo corazón. Pero al menos no lleguéis hasta mi persona y permitid que la austeridad de un convento termine los pocos días que el cielo tiene para mí contados.

ORGON. — ¡Así que surge una religiosa cuando un padre combate su pasión amorosa! De pie! Cuanto más te repugne aceptarlo, mayor será tu mérito. Mortifícate con este matrimonio y no sigas rompiéndome la cabeza con tus quejas.

DORINA. — Pero acaso...

ORGON. — Cállate, habla con los demás. Te prohíbo que me dirijas la palabra.

CLEANTO. — Si quisiérais aceptar un consejo...

ORGON. — Hermano, vuestros consejos son los mejores del mundo, están bien fundamentados y los aprecio mucho. Pero no pienso seguirlos.

ELMIRA. — Al ver lo que veo ya no sé que decir. Realmente me espanta y admira vuestra ceguera. ¡Es increíble todo esto después de lo que hoy sucedió!

ORGON. — Soy vuestro sirviente y creo en las apariencias. Conozco vuestra parcialidad para con ese bribón de Damis y temísteis desmentir la mala pasada que quiso jugarle a ese santo. Estábais demasiado tranquila para ser creída y en cambio me parecísteis conmovida por otro motivo.

ELMIRA. — ¿Es que por la simple confesión de un arrebatado amoroso debe vuestro honor sonar la alarma a los cuatro vientos? ¿No se puede responderle sin que nuestros ojos despidan llamas y nuestra boca injurie? En lo que a mí respecta, esas declaraciones solamente me provocan risa y me disgusta el escándalo. Prefiero recurrir a la persuasión y los buenos modales y desapruébo las puritanas salvajes cuyo honor está armado con garras y dientes con los que, ante el más mínimo pretexto, pretenden hacer trizas los rostros de la gente. No deseo que mi virtud sea una arpía. Creo que la discreta frialdad de una negativa es igualmente poderosa para rechazar un osado corazón.

ORGON. — Sé cómo son las cosas y me hago cargo.

ELMIRA. — Me parece increíble vuestra extraña debilidad. ¿Pero que me respondería vuestra incredulidad si os demuestro que decimos la verdad?

ORGON. — ¿Demostrarlo?

ELMIRA. — Sí.

ORGON. — ¡Vaya historias!

ELMIRA. — ¿Si realmente yo encontrara la forma de que lo veáis en plena luz del día?

ORGON. — ¡Fábulas!

ELMIRA. — ¡Qué hombre! Al menos respondedme; no pido que nos creáis. Pero supongamos que en esta sala, sin ser visto, pudiérais constatar la verdad de cuánto se os ha

dicho... ¿Qué diríais de vuestro hombre de bien?

ORGON. — En ese caso, diría que... nada, porque eso no es posible.

ELMIRA. — El error se prolonga excesivamente y es demasiado seguir diciendo que mi boca miente. Es menester que ahora sin ir más lejos, y para divertirlos, os haga testigo de la certeza de nuestras acusaciones.

ORGON. — Tomo vuestra palabra. Veremos con qué habilidad seréis capaz de cumplir vuestra promesa.

ELMIRA. — Hazlo venir.

DORINA. — Es muy astuto y tal vez sea difícil sorprenderlo.

ELMIRA. — No; es fácil ser engañado cuando se ama y el amor propio obliga a que uno mismo se engañe. Hazlo bajar. (A Cleanto y Mariana.) Y vosotros, retiraos.

ESCENA IV

ELMIRA, ORGON

ELMIRA. — Escondeos debajo de esta mesa.

ORGON. — ¿Cómo?

ELMIRA. — Es indispensable que lo hagáis.

ORGON. — ¿Por qué ahí?

ELMIRA. — ¡Por Dios, haced lo que digo! Tengo mi plan y veréis el resultado. Ocultaos ahí y no os hagáis ver ni oír.

ORGON. — Admito que no me falta buena voluntad, pero hay que ver cómo os las arreglaréis.

(Orgon se esconde bajo la mesa.)

ELMIRA. — No creo que tendréis nada que reprocharme. Pero debo preveniros: no os escandalicéis por lo que sucederá. Recordad que todo lo que yo diré será solamente para convencerlos, tal como lo he prometido. Por medio de cariñosas actitudes, ya que no tengo alternativa, desenmascararé a esta alma hipócrita. Provocaré los impulsos descarados de su ardor y daré rienda suelta a su temeridad. Como es sólo para vos que haré todo esto y que, para confundirlo, simularé caer a su lujuria, está en vos elegir el momento ade-

cuado para interrumpirnos. Las cosas irán solamente hasta el punto que vos deseáis. Debéis apagar su ardor insensato y evitar a vuestra mujer situaciones a las que con asco ella se expone. Se trata de vuestro honor y vuestros intereses. . . Pero guardad silencio, alguien se acerca.

ESCENA V

TARTUFO, ELMIRA, ORGON, oculto

TARTUFO. — Me dijeron que deseáis hablar conmigo aquí.

ELMIRA. — Sí, debo revelaros un secreto. Pero mirad detrás de esa puerta y revisad todos los rincones pues no debemos ser escuchados. No quiero que se repita la enojosa experiencia por la que Damis nos hizo pasar. Fue un momento lamentable para mí y bien visteis como traté de persuadirlo y serenarlo. Tal fue mi turbación que ni siquiera atiné a desmentirlo, pero gracias al cielo la situación ha mejorado y estamos seguros. La estima que siente por vos mi marido disipó la tormenta y no tiene de qué reprocharos. Para mejor oponernos al escándalo de los calumniadores desea que estemos juntos en todo momento. Es por ello que puedo encontraros a solas sin que se me lo reproche y me siento autorizada a abrir un corazón tal vez demasiado dispuesto a sentir vuestro ardor.

TARTUFO. — Vuestras expresiones son difíciles de comprender, señora, No hace mucho os manifestastéis en forma muy distinta.

ELMIRA. — ¡Ah, si es rechazado os irrita, cuán poco sabéis lo que es un corazón de mujer! ¿No sabéis lo que pretende expresar al defenderse tan debilmente? En esas situaciones el pudor siempre combate los verdaderos sentimientos. Reprime cualquier razón valedera para entregarnos al amor y experimentamos una cierta vergüenza en manifestarlo. Dejamos entrever que nuestro corazón se rinde y que ante nuestros votos, por honor, la boca se opone, pero que tal rechazo promete todo lo contrario. Creo que estoy hablando

bien claramente y he dejado atrás los límites que el pudor impone. Mas ya que la palabra ha sido dicha, ¿me esforcé yo en retener a Damis? ¿Por qué escuché con tanta benevolencia la declaración de vuestro amo? ¿Fue lógico que haya tomado las cosas como lo hice si lo que vuestro corazón declaró no me hubiese agradado? ¿Y cuando intenté haceros renunciar al himeneo que se había anunciado, no vislumbrásteis mi interés en vuestra persona y un deseo de no compartiros con otra?

TARTUFO. — Siento una dulzura extrema al oír esas palabras pronunciadas por la boca que amo. Su miel acaricia mis sentidos con una suavidad que jamás experimenté. La felicidad de complacerte es mi deseo más caro y mi corazón está sumido en el éxtasis, pero te pido que comprendas que pueda dudar un poco de tanta felicidad. Puedo creer que tus palabras son sólo un hábil artificio para hacerme faltar a la boda que se prepara. Para hablar con franqueza, solo confiaré en tu dulce confesión cuando demuestres tu sinceridad con alguno de los favores por los que suspiro, asegurando así en mi alma la fe constante en la encantadora bondad que tú depositas en mí.

ELMIRA. — ¿Qué? ¿Con tanta velocidad pretendéis agotar toda la ternura de un corazón? Me desvivo en hacer una dulce confesión y, sin embargo esto no os basta, ya deseáis que se os satisfaga con el favor supremo que existe en una relación.

TARTUFO. — Cuanto menos se merece un bien más se pretende de él. Lo nuestro no puede basarse en palabras. Es fácil vislumbrar un destino radiante y desearlo antes que éste se cumpla. Yo, que creo ser tan merecedor de tus atenciones, dudo de la dicha que mi temeridad aspira y no creeré en nada que no sea demostrado con hechos.

ELMIRA. — ¡Dios mío! ¡Vuestro amor es un verdadero tirano! ¡Qué turbación siento! ¡Qué furioso imperio ejerce en mi corazón y con qué violencia pretende lo que desea! No permitís ni un instante para que una pueda regodearse con vuestro interés que ya no me dáis ni tiempo para respirar. No está bien desear sin control, lo que se solicita, abu-

sando así, con vuestras exigencias, de la debilidad que siento por vos?

TARTUFO. — ¿Pero si con ojos tan complacientes ves cómo te deseo, por qué te rehusas a demostrar que me correspondes?

ELMIRA. — ¿Cómo consentir a lo que pretendéis sin ofender al cielo, del que tanto habláis?

TARTUFO. — Si es solamente el cielo el que se opone a mis deseos, me es muy fácil sortear tal obstáculo y eso no debe frenar tu actitud.

ELMIRA. — ¡Pero se nos ha inculcado tanto temor a la ira celestial!

TARTUFO. — Puedo disipar ese miedo ridículo. Conozco el arte de hacer desaparecer escrúpulos. Es verdad que el cielo prohíbe ciertas gratificaciones pero hay formas de llegar a un arreglo conveniente. Para distintas ocasiones existe una ciencia que estire las ataduras de nuestra conciencia y justifique una mala acción con la pureza de su intención. Ya te enseñaré todos esos secretos, sólo debes permitir que te instruya. Satisface mi deseo sin preocuparte. Respondo de todo y que la culpa caiga sobre mí. ¡Qué tos tan fuerte tienes!

ELMIRA. — Sí, es un suplicio.

TARTUFO. — ¿No deseas tomar un poco de este jarabe?

ELMIRA. — Es una tos obstinada y no creo que haya en el mundo jarabe alguno que pueda con ella.

TARTUFO. — Sí, es muy molesta.

ELMIRA. — Mucho más de lo que pueda decirse.

TARTUFO. — En fin, tu escrúpulo es fácil de disipar; aquí no te ve nadie y ninguna acción es mala en sí. Es el escándalo que la torna reprochable y quien peca en silencio, no peca.

ELMIRA. — Pues veo que no tengo más remedio que ceder, consentir a todo lo que se exige de mí. Eso es lo mínimo que puedo pretender para conformar y convencer. Es doloroso tener que llegar hasta el extremo y es muy a pesar mío que lo hago. Pero ante la obstinación de verme a esto reducida, ya que no se cree en nada de lo que yo pueda decir y se pretenden pruebas más convincentes, es menester

resolverme a satisfacer al exigente. Si este consentimiento lleva en sí algo de ofensa, tanto peor para quien me fuerza a esta violencia, la culpa, entonces, no será mía.

TARTUFO. — Sí, yo me hago cargo de todo. . .

ELMIRA. — Pero antes abrid un momento la puerta y aseguráos si mi marido no está en la galería.

TARTUFO. — ¿Para qué preocuparte por él? Entre nosotros, es un imbécil, que se deja llevar por la nariz. Se jacta de todas nuestras citas y siempre cree todo lo que yo le digo.

ELMIRA. — No importa. Salid un instante y mirad bien por todos los rincones.

ESCENA VI

ORGON, ELMIRA

ORGON. — ¡Cuán abominable ser! No puedo creerlo y todo esto me aniquila.

ELMIRA. — ¿Qué? Tan pronto aparecéis? Ocultaos nuevamente, aún no llegó el momento. Esperad hasta el final para convencerlos, no os fiéis de simples conjeturas.

ORGON. — ¡No existe nada más perverso en todo el infierno!

ELMIRA. — No, es menester que estéis bien seguro y no tengáis que arrepentiros por no haber tenido las pruebas necesarias.

(La puerta se abre. Elmira oculta a Orgon detrás de una silla.)

ESCENA VII

ORGON, ELMIRA, TARTUFO

TARTUFO. — Todo conspira, señora, en favor de nuestra dicha. He revisado a fondo esta vivienda y no me he encontrado con nadie. Mi alma estalla de pasión.

ORGON. — *(Saliendo de su escondite.)* ¡Un momento!

¡No tanta pasión, que estáis siguiendo un curso errado! ¡Va-
ya hombre de bien! ¡Qué fácilmente cede tu alma ante el
pecado! Te caso con mi hija y deseas a mi mujer. Dudé mu-
cho tiempo y creí que en algún momento tu actitud cam-
biaría. Pero llegaste demasiado lejos y ya no necesito más
pruebas.

ELMIRA. — Fue muy a pesar mío que me presté a este
juego, pero me ví obligada a hacerlo.

TARTUFO. — ¡Qué! Acaso crearás que...

ORGON. — ¡Basta de embustes. Fuera de aquí al ins-
tante!

TARTUFO. — Serás tú quien ha de salir, por mucho que
hables como el amo. La casa me pertenece. Me insultas en
vano. Tengo los medios de aniquilar la impostura, vengar al
cielo ofendido y hacer arrepentir a los que hablan de echar-
me.

ESCENA VIII

ELMIRA, ORGON

ELMIRA. — ¿Qué quiso decir?

ORGON. — Habló muy en serio.

ELMIRA. — ¿Cómo?

ORGON. — Ahora veo cuán grande fue mi error al hacer
la donación.

ELMIRA. — ¿La donación?

ORGON. — Ya es un hecho consumado. Pero hay algo
más que me inquiete sobremanera.

ELMIRA. — ¿De qué se trata?

ORGON. — Ya lo sabréis todo. Pero corramos a mi habi-
tación; tal vez el cofre esté aún ahí.

QUINTO ACTO

Desvío

ESCENA I

ORGON, CLEANTO

CLEANTO. — ¿Qué haréis?

ORGON. — No sé.

CLEANTO. — Pienso que debemos ponernos de acuerdo
sobre las medidas a tomar.

ORGON. — Ese cofre me inquieta más que cualquier
otro problema.

CLEANTO. — ¿Acaso encierra un secreto importante?

ORGON. — Argas, mi amigo, me confió unos documen-
tos muy comprometedores antes de huir al exilio. Su vida y sus
bienes dependen de ellos.

CLEANTO. — ¿Entonces por qué se los entregásteis a un
tercero?

ORGON. — Por un problema de conciencia. Fui derecho
a mi traidor para confiarme a él y consiguió persuadirme
que, en vez de guardar los documentos, se los entregase a
él. De ese modo, en caso de ser interrogado, podría yo ne-
gar que los tenía sin faltar a la verdad, obteniendo así una
coartada honesta.

CLEANTO. — Pues me parece que os encontráis mal pa-
rado. Opino que la donación que efectuásteis y la confianza
que en él depositásteis fueron medidas tomadas muy a la li-
gera. Ambas acciones pueden tener consecuencias graves y
ya que este hombre tiene sobre vos tales ventajas fue impru-
dente tratarlo como lo hicisteis. Sería más conveniente que
emplearais con él procedimientos más corteses.

ORGON. — ¡Como podían esconderse un corazón tan ar-
tero y un alma tan negra detrás de un semblante de expre-
sión tan conmovedora! ¡Pensar que lo recibí cuando él era
prácticamente un mendigo sin un cobre! Pues renuncio a la
gente de bien. De ahora en adelante sentiré horror ante su
sola mención y para ella será peor que un demonio.

CLEANTO. — Otra vez os dejáis dominar por vuestro ca-

rácter. ¡No tenéis sentido de lo justo y de un exceso siempre saltáis a otro! Habéis comprobado vuestro error y sabéis que fuisteis engañado por un celo fingido. ¿Mas para corregirlo, por qué habreis de cometer uno mayor y confundir el corazón de un pérfido despreciable con el de personas de bien? ¿Porque un canalla os engañó con audacia deslumbrándoos con muecas exageradas y austeras pretendéis que todos seamos como él y que no existen los devotos sinceros? Dejad a los libertinos esas locas consecuencias, separad la virtud de las apariencias. Jamás arriesguéis vuestra estima demasiado pronto y mantened un justo equilibrio con vuestros sentimientos. Cuidáos bien, dentro de lo posible, de honrar al impostor, pero tampoco injuriéis al celo verdadero. Si habéis de cometer un exceso, que sea a favor de la virtud.

ESCENA II

DAMIS, ORGON, CLEANTO

DAMIS. — Padre ¿es cierto que un malhechor os amenaza, olvidando toda vuestra bondad y, con orgullo cobarde digno de una justa ira, utiliza vuestra generosidad para perjudicaros?

ORGON. — Es verdad, hijo, y por ello siento un arrepentimiento inigualable.

DAMIS. — Dejad que le corte las orejas. Contra su insolencia no se puede andar con vueltas. Corresponde que sea yo quien os vengue y termine con él para sacaros de este entuerto.

CLEANTO. — Así es como hablan los jóvenes impulsivos. Os ruego que moderéis vuestra actitud. Vivimos en un país donde la violencia no es solución aceptable para los problemas.

ESCENA III

SRA. PERNELLE, MARIANA, ELMIRA, DORINA,
DAMIS, ORGON, CLEANTO

SRA. PERNELLE. — ¿Qué sucede? Acabo de recibir una horrible noticia.

ORGON. — Se trata de novedades observadas por mis propios ojos y veis ahora cómo han sido pagados mis favores. Con los brazos abiertos recibo en mi casa a un hombre que estaba en la miseria. Le doy alojamiento, lo trato como a un hermano, día tras día lo colmo de atenciones, le doy la mano de mi hija, le entrego todos mis bienes. Pero al mismo tiempo el infame trata de seducir a mi mujer y, no satisfecho con esa actitud cobarde, se atreve amenazarme utilizando como arma mis propias acciones. Pretende arruinarme con las ventajas que imprudentemente puse en sus manos y arrojarme a la calle de donde lo saqué.

DORINA. — ¡Pobre hombre!

SRA. PERNELLE. — Hijo mío, me resisto a creer que él haya cometido tal atrocidad.

ORGON. — ¿Cómo?

SRA. PERNELLE. — Las personas de bien siempre son envidiadas.

ORGON. — ¿Qué queréis decir con eso, madre?

SRA. PERNELLE. — En vuestra casa se lleva una vida desordenada y demasiado sé qué odio le tienen todos.

ORGON. — ¿Qué tiene que ver ese odio con lo que os digo?

SRA. PERNELLE. — Lo dije cientos de veces cuando érais un niño: la virtud es siempre perseguida. Morirán los envidiosos, pero no la envidia. Seguro que os han relatado historias falsas respecto a su persona.

ORGON. — ¡Lo reitero! Yo mismo he sido testigo de su delito.

SRA. PERNELLE. — La malicia de los calumniadores no tiene límite.

ORGON. — ¡Por Dios, madre! ¡Os repito que mis propios ojos han visto su audacia!

SRA. PERNELLE. — Hay lenguas siempre listas a destilar veneno y contra ellas no hay defensa posible.

ORGON. — Eso es un disparate. ¡Os vuelvo a repetir que lo he visto, lo que se dice visto! ¿Debo acaso gritároslo cien veces?

SRA. PERNELLE. — ¡Dios mío! Las apariencias casi siempre engañan. No se debe juzgar de acuerdo con todo lo que se ve.

ORGON. — ¡Qué furia!

SRA. PERNELLE. — La naturaleza humana es susceptible a falsas sospechas y a menudo interpreta mal las acciones.

ORGON. — ¿Entonces debo interpretar como actitud caritativa el deseo de besar a mi mujer?

SRA. PERNELLE. — Para acusar a la gente es preciso tener una causa justa y debisteis esperar para estar totalmente seguro de todo.

ORGON. — ¡Diantre! ¿Estar más seguro todavía? Entonces debía yo esperar que él, ante mis propios ojos, hubiera... ¡Madre, me haréis decir un despropósito!

SRA. PERNELLE. — Veo que su alma fue presa de un exceso de celo y no puedo creer que él haya querido cometer las cosas que vos decís.

ORGON. — ¡Ah, si vos no fuérais mi madre no sé qué diría, tan grande es mi furia!

DORINA. — Es una compensación justa, señor. Vos no queríais creer y ahora no os creen a vos.

CLEANTO. — Estamos perdiendo el tiempo con reproches inútiles en vez de tomar medidas eficaces contras las amenazas de ese falso, que no debemos desoir en absoluto.

DAMIS. — ¿Acaso su insolencia llegaría al extremo?

ELMIRA. — No lo creo. ¡Su ingrátitud ya se ha manifestado en forma más que suficiente!

CLEANTO. — ¡Desconfiad! Tiene medios para arruinarlos y con menos que eso la persuasión de un falso ha puesto en aprietos a no pocas personas honradas. Os lo repito:

no debísteis haberlo provocado sabiendo con qué armas cuenta.

ORGON. — Es verdad, pero la insolencia de ese traidor fue mayor de lo que podía tolerar.

CLEANTO. — Desearía de todo corazón poder restablecer, aunque fuera una sombra, de acuerdo, entre vosotros.

ELMIRA. — Si yo hubiera sabido que contaba con armas tales no hubiese provocado esta terrible situación y...

ORGON. — ¿Qué quiere ese hombre? ¡No estoy con ánimo de recibir a nadie!

ESCENA IV

SR. LEAL, SRA. PERNELLE, ORGON, DAMIS,
MARIANA, DORINA, ELMIRA, CLEANTO

SR. LEAL. — Buenos días, querida hermana. Os suplico me permitáis que hable con el señor.

DORINA. — Está ocupado y dudo que pueda ver a nadie en este momento.

SR. LEAL. — No he venido a esta casa para ser inoportuno. No creo que mi visita le disguste y vengo para enterarlo de algo que le causará gran placer.

DORINA. — ¿Vuestro nombre?

SR. LEAL. — Decidle simplemente que vengo en nombre del Sr. Tartufo, para su bien.

DORINA. — (A Orgon.) Es un hombre que, con gran amabilidad, viene de parte del Sr. Tartufo por un asunto que, según él, os causará gran placer.

CLEANTO. — Veamos qué desea este hombre.

ORGON. — Tal vez viene para restablecer nuestras relaciones. ¿Con qué talante habré de presentarme?

CLEANTO. — Que vuestro resentimiento no estalle. Si habla de una reconciliación deberéis escucharle.

SR. LEAL. — ¡Señor, que el cielo pierda a quien intente perjudicaros y os sea tan propicio como yo lo deseo!

ORGON. — Este principio tan cordial presagia alguna reconciliación.

SR. LEAL. — Vuestra casa siempre me ha sido cara: yo fui servidor de vuestro señor padre.

ORGON. — Señor, siento una gran vergüenza y os pido perdón por no reconocer e ignorar vuestro nombre.

SR. LEAL. — Me llamo Leal, soy oriundo de Normandía, alguacil de verga, a pesar de la envidia. Desde hace cuarenta años tengo la dicha de ejercer mi cargo con distinción y vengo, señor, con vuestra licencia, a hablaros de cierta ordenanza.

ORGON. — ¡Qué! Estáis aquí para. . .

SR. LEAL. — Mantened la serenidad, señor. Esto es una mera citación, una orden de evacuar este lugar. Que vos y todos los vuestros salgáis de aquí con vuestros muebles y demás pertenencias para dar lugar a otros, todo ello sin la menor dilación.

ORGON. — ¿Yo, salir de esta casa?

SR. LEAL. — Sí, señor, si os place. Como bien lo sabéis, ella pertenece al buen señor Tartufo, quien ahora es dueño y señor de todos vuestros bienes en virtud de un contrato del que soy portador. El documento está en regla y no puede ser discutido.

DAMIS. — Me admira tanta impudicia.

SR. LEAL. — Señor, mi diligencia no os concierne. Mi trato es con el señor. Es justo y razonable que un hombre de bien, conocedor de la ley no se oponga a ella.

ORGON. — Pero. . .

SR. LEAL. — Sí señor, sé que por nada del mundo os rebelarías y que, como persona honrada que sois, no os opondréis a que yo ejerza mi función.

DAMIS. — Señor oficial con verga, un bastón es lo que estáis por atraer sobre vuestro negro atuendo.

SR. LEAL. — Haced que vuestro hijo se calle o retire, señor, mucho lamentaría tener que denunciarlo y veros envuelto en un proceso verbal.

DORINA. — *(Aparte.)* ¡Vaya lealtad la del Sr. Leal!

SR. LEAL. — Siento una gran debilidad por la gente de bien. Por eso he querido ser yo quien se encargara de esta comisión y así evitar que algún otro os tratase con mucha menor consideración.

ORGON. — ¿Qué puede haber menos considerado que echar a la gente de su propia casa?

SR. LEAL. — Os concedo un plazo: hasta mañana haré caso omiso de la orden. Solamente pasará aquí la noche con diez de mis hombres, pero en la mayor discreción. Antes de dormir me entregaréis las llaves de vuestra puerta: es una simple formalidad, naturalmente. Tendré gran cuidado que nada perturbe vuestro reposo. Mañana por la mañana deberéis arregláros las para que no quede bajo este techo ni el más insignificante utensilio. Mis hombres os ayudarán: ya los he instruido al respecto. Creo que no se puede proceder con mayor consideración y puesto que recibís un trato tan preferencial os conjuro que, de la misma forma, os comportéis y no obstaculicéis mi desempeño.

ORGON. — Con el mayor placer daría en este momento los más hermosos luses de oro de lo que aún poseo para darme el gusto de aplastar tu hocico con el puñetazo más fuerte que hombre alguno pudiera asestar.

CLEANTO. — Calma, no lo arruinéis todo.

DAMIS. — Ante esta extraña audacia me cuesta contenerme y hasta mi propia mano no me exige acción.

DORINA. — A una espalda como la vuestra le vendrían muy bien unos cuantos bastonazos.

SR. LEAL. — Podría hacer castigar tan atrevidas palabras. Amiga mía, sabed que también las mujeres pueden ir a la cárcel.

CLEANTO. — Terminemos con todo esto, señor. Ya basta. Entregadnos ese papel y partid.

SR. LEAL. — Hasta la noche. El cielo esté con vosotros.

ORGON. — ¡Y que os condene a tí y al que te envió!

ESCENA V

ORGON, CLEANTO, MARIANA, DAMIS, ELMIRA,
SRA. PERNELLE, DORINA

ORGON. — Bien, madre, ya véis si tengo razón o no. Po-

déis juzgar vos misma. ¿Os convencéis finalmente de su traición?

SRA. PERNELLE. — Estoy consternada: recién ahora caigo de las nubes.

DORINA. — Hacéis mal en quejaros y acusarle. La bondad de su alma acaba de ser confirmada y veo cómo su virtud se manifiesta en su amor al prójimo. El sabe que a menudo los bienes materiales corrompen a quienes los poseen. Fue caridad pura quitároslo todo pues así tenéis abierto el camino de la redención.

ORGON. — ¿Será posible que la única palabra que pueda dirigirte sea: cállate?

CLEANTO. — Pensemos qué medida conviene tomar.

ELMIRA. — Id a proclamar la audacia del ingrato. Su proceder destruye la validez del contrato. Su deslealtad parecerá demasiado negra pra que tenga el éxito que pretende.

ESCENA VI

VALERIO, ORGON, CLEANTO, etc.

VALERIO. — Es con gran pesar de mi parte que vengo a incomodaros, señor, pero me lo obliga un peligro que os acecha. Un amigo a quien me une la amistad más sincera y que no ignora cuánto me preocupa vuestro bienestar, por mí ha violado un secreto de Estado. Me informó que debéis huir de inmediato pues el falso que durante tanto tiempo os engañó hace una hora se presentó ante el príncipe para acusaros y entregarle un cofre. Dijo que su contenido pertenece a un criminal contra él a quien vos protegistéis, desobedeciendo vuestro deber de súbdito leal. Ignoro los detalles del crimen que se os imputa pero se ha expedido una orden para vuestro arresto. Para asegurarse del mejor cumplimiento de la misma se ha encargado al propio Tartufo que acompañe a quien debe ejecutarla.

ORGON. — Ese hombre es peor que una bestia salvaje.

VALERIO. — La menor vacilación puede ser fatal. Para que podáis salvaros tenéis a vuestra disposición mi carroza

esperando afuera y mil luises que aquí os entrego. No perdamos tiempo: la situación es desesperante y éste es uno de esos golpes que se paran mejor huyendo. Me ofrezco a llevaros a un lugar seguro y acompañaré vuestra fuga hasta que estéis a salvo.

ORGON. — ¡Qué no debo a vuestra generosidad! ¡Espero que algún día llegue el momento en que pueda pagárosla y ruego al cielo que me permita cumplir este deseo! Adiós, cuidaos. . .

CLEANTO. — Idos pronto. Ya veremos, hermano, qué se puede hacer.

ESCENA VII

EL OFICIAL, TARTUFO, VALERIO, ORGON, etc.

TARTUFO. — Un momento, señor. No salgáis tan de prisa. No deberéis viajar mucho para encontrar vuestro refugio. Vengo a arrestaros en nombre del príncipe.

ORGON. — Traidor, esa era la última carta que te faltaba jugar. ¡Con este golpe me aniquilas, canalla, y coronas todas tus perfidias!

TARTUFO. — Vuestras injurias no me hacen mella y el cielo me ha enseñado a soportarlo todo.

DAMIS. — Con cuanto desparpajo se burla el infame del cielo. . .

TARTUFO. — Ningún denuesto puede conmoverme. Sólo pienso en cumplir con mi deber.

MARIANA. — Sin duda podéis vanagloriaros de la muy honesta función que emprendéis.

TARTUFO. — Función que glorifica la autoridad que aquí me envía.

ORGON. — ¿Acaso no recuerdas de quién fue la mano generosa que te sacó del arroyo, miserable?

TARTUFO. — Sí, no reniego de la ayuda que recibí, mas el interés del príncipe es mi deber primero. Esa obligación sagrada sofoca en mi corazón la gratitud y a tan poderosos lazos sacrificaría amigos, mujer, padres y a mí mismo.

ELMIRA. — ¡Impostor!

DORINA. — ¡De qué manera traidora sabe cubrirse con todo lo que uno venera!

CLEANTO. — Pero si es bien perfecto el celo que os impulsa y con el cual os adornáis, ¿cómo es que fuísteis sorprendido cortejando a su mujer y que recién ahora decidís denunciar a quien os echa de su casa? No lo digo para hacerlos cambiar de opinión, pero ¿por qué acusar a la persona cuyos bienes habéis aceptado?

TARTUFO. — *(Al oficial.)* Señor, terminemos con todo griterío y cumplid con vuestro deber.

OFICIAL. — Sin duda hemos postergado el cumplimiento del deber. Para ello seguidme sin dilación a la cárcel, donde se os espera.

TARTUFO. — ¿Quién, yo?

OFICIAL. — Vos.

TARTUFO. — ¿Y por qué?

OFICIAL. — No es a vos a quien debo rendir cuentas. *(A Orgón.)* Reponeros, señor, de un contratiempo tan terrible. Vivimos bajo la autoridad de un príncipe enemigo del fraude, la perspicacia de cuyo espíritu permite dilucidar cuál es el procedimiento correcto, y que no puede ser engañado ni por el más hábil de los impostores. Nunca se deja sorprender pero no hace resaltar ciegamente esa distinción. Su amor por la verdad no cierra su corazón a todo lo que los falsos urden. El aquí presente no podía sorprenderlo pues de tramas más sutiles ha sabido desembarazarse. Su ojo sagaz atravesó hasta el fondo el corazón del reptil, que es donde oculta toda su falsedad. Al venir a acusaros se traicionó a sí mismo y, por obra de la justicia divina, se descubrió al príncipe un famoso estafador que él conocía bajo otro nombre. Su negra trayectoria incluye los más viles engaños con los cuales se podrían escribir volúmenes enteros. El monarca, en suma, consternado por la deslealtad que con vos tuvo el infame, agregó ese delito a la lista de los que ya conocía y me envió hasta aquí para hacer llegar hasta el límite su inconducta y reivindicaros. Del contrato que os obliga, el príncipe anula su validez y además os perdona la secreta

ofensa que os hizo cometer la fuga de un amigo vuestro. Así premia el soberano el celo con el que otrora apoyásteis sus derechos y demuestra que su corazón, cuando menos se piensa, sabe recompensar un comportamiento digno, jamás olvida el mérito y más que el mal, recuerda el bien.

DORINA. — Dios sea loado.

SRA. PERNELLE. — Ahora respiro.

ELMIRA. — ¡Qué felicidad!

(El oficial indica que se aprese a Tartufo.)

ORGON. — Ah, traidor, por fin. . .

CLEANTO. — Hermano, serenáos y no os rebajéis. Dejad que ese miserable sufra su triste destino y no os agreguéis a un remordimiento que lo agobia. Más bien desead que algún día la virtud entre en su corazón, que corrija su vida y, aborreciendo su maldad, consiga ablandar la dura justicia del príncipe. Ahora corred a arrodillaros ante él y agradecedle su magnanimidad.

ORGON. — Hablasteis con justicia. Con el corazón desbordante de alegría corramos a los pies del monarca para exaltar su bondad. Luego, cumplido ya ese justo deber, de otro nos ocuparemos y con un dulce himeneo premiaremos a Valerio, amante generoso a la vez que sincero.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP